

persona que tomara en matrimonio á su hija doña Juana Ortiz de Zárate, y encargando interinamente el gobierno á Diego Mendieta, hombre de instintos brutales, que á los veinte años, cuando la fogosa generosidad de la juventud, tiende á cuanto es noble y bello, había llegado á la última escala de la degradación moral. Su tiranía bárbara duró poco, y arrojado de la ciudad, fué devorado por los mbiasas.—Don Juan de Garay arregló el matrimonio de doña Juana Ortiz, por el cual recayó el gobierno del Río de la Plata en don Juan Torres de Vera y Aragón, oidor de la Real Audiencia de Charcas,—que le nombró su lugarteniente. En 1576 regresó á la Asunción, donde fué gozosamente recibido como una firme esperanza del porvenir del pueblo, y mientras ocupaba á Melgarejo en la fundación de Villa Rica en Guayrá (1), él se consagraba á la guerra promovida por el impostor Oberá.

Este nombre significa *resplandor*. Su tinte misterioso le abrió camino en la credulidad de sus compatriotas, ante cuyos ojos, explotando las desacertadas lecciones del misionero Martín González, se presentó como el Mesías guaraní, enviado por Dios para dar á su pueblo la doctrina y la libertad. Su palabra atrayente y la cómoda moral que profesaba, puso en su partido numerosas tribus, que con las armas en la mano si-

(1) La población india de Villa Rica era de 300.000 almas, según los historiadores antiguos; en 1622, no quedaban 50.000. Hoy tiene mucho menos.

guieron las huellas del profeta.—Especie de Mahoma salvaje, pretendía sofocar en el nido la conquista y el cristianismo, para levantar su reino y su religión, sobre las cenizas de la sociedad española. Garay abrió enérgicamente la campaña, y después de diversos encuentros, generalmente favorables, entre los cuales descuella el de Ipané, por el combate singular de Enciso y Espeluca, contra Pituno y Corazi, atléticos caciques, que seguían las hordas de Oberá,—fué definitivamente vencido á principios de 1578. A principios de 1580 se fundó la población de Jerez en las riberas del Mbotetey. Pero la febril y concienzuda actividad del general Garay estaba aun en la mitad de su carrera.—No podía ocultársele que aquellas poblaciones mediterráneas, único hogar de la colonización, eran baluartes poco seguros contra la tenaz resistencia de los indios, que jamás cejaban en los propósitos de llevar su libertad natural á la victoria. La erección de una ciudad en la entrada del Río de la Plata era su sueño y la esperanza de la civilización. Su resolución estaba hecha. Sesenta aventureros fueron atraídos á la nueva empresa, y el general se lanzó á buscar la gloria, donde la fuerte expedición de Mendoza había fracasado: entre los salvajes, á cuyas manos perecieron ilustres aventureros, y que acababan de poner al borde de su ruina la armada del adelantado Ortiz. El heroísmo tiene sus presentimientos secretos. Las grandes vocaciones se adivinan, pero su imperio decide de las suertes de las generaciones.

III

Vamos, por fin, señores, á acercarnos á nuestro punto de observación.

El historiador del Río de la Plata vaga de campamento en campamento, y arrojado á cada paso de sus atalayas por la diversidad social de los primeros tiempos, vese obligado á recorrer nuestro ancho territorio, peregrino sin hogar, que busca la luz en todas partes, hasta la apariencia del centro, que lo será en adelante de la vida política del país.—Buenos Aires va á ser fundado.

Abierta á la comunicación directa de la metrópoli, nuestra ciudad será el sensorio de la colonia, donde podremos estudiar las palpitaciones de su vida, los síntomas de su desarrollo, y las inspiraciones de su espíritu.—Aquí veremos nacer la estrella de la gloria nacional, nos ampararemos á su sombra, cuando el crudo caudillaje renueve la barbarie en las campañas ar-

NOTA.—Este párrafo fué publicado en *La Tribuna* del 5 de Abril de 1866 con la siguiente introducción: «Hemos instado á nuestro amigo José Manuel Estrada para que nos facilite la última parte de su cuarta conferencia, en que se ocupó exclusivamente de Buenos Aires, y nuestros deseos han sido satisfechos. El lector encontrará á continuación ese bellissimo bosquejo, trazado á grandes rasgos, que basta por sí solo para formar la reputación del joven maestro que debe tener el orgullo de haber atraído sobre sus tra-

gentinas, y en el día amargo de la tiranía, cuando el brutal despotismo profane la tradición heroica de la altanera capital, con el alma oprimida, nos lanzaremos á peregrinar fuera de su seno hermano en el éxodo tormentoso del proscripito.

Buenos Aires, el Olimpo en que nacieron de la madre libertad los dioses de la civilización argentina, va á surgir en el lecho de ruinas y de sangre, sobre el cual se levantaron todas las colonias hispano americanas.

Parece haber querido la alta providencia, que manos honradas y vigorosas abrieran los cimientos de la ciudad, destinada á llevar la iniciativa de la civilización, á ser el motor del progreso nacional, y el punto de coincidencia de todas las grandes y nobles aspiraciones de los pueblos argentinos.—Mendoza y sus valientes compañeros fracasaron en la empresa, sin dejar al meticuloso aventurero la honra de llamarse fundador del país, cuya colonización abandonó desertando del lado de sus bravos camaradas. Felipe Cáceres no se atrevió á renovarla. Al alma noble de Garay estaba reservada la peligrosa y áspera iniciativa. Su varonil resolución,

bajos la atención de todos los hombres ilustrados del país. Después de la primera conferencia de Estrada, dijimos que su porvenir era grande: después de la cuarta puede decirse ya que su reputación está hecha, y que su nombre será trasmitido á la posteridad como el de uno de los primeros historiadores argentinos. El siguiente fragmento de su última conferencia revela bien alto las cualidades del laborioso é ilustrado José Manuel Estrada.—*El Editor.*

consumada con el acierto que los tiempos y las convicciones á la sazón corrientes, permitían á un hombre de carácter, basta, como el señor Domínguez observa con razón, para conciliar la simpatía de la posteridad hacia aquella figura histórica.

Los salvajes que pisaban el territorio, donde nosotros nacimos, y que hace trescientos años, dormían en indolente barbarie sobre el sitio, de donde parte hoy veloz, como la pasión del progreso, el tren de los caminos de hierro; que despedazaban sus prisioneros, donde se alza erguida la esbelta techumbre de los templos cristianos; aquellos salvajes, digo, aterraban con su nombre sangriento la imaginación del conquistador, y ninguno los superó en el continente, en la indomable bravura de su resistencia, apagada recién cuando las últimas reliquias de su raza desaparecieron en las sombras de una muerte gloriosa.

¿Dónde están, señores, los indomables habitantes de Buenos Aires? La ciencia no los encuentra, porque la gloria guerrera los devoró.

¿Dónde están los industrioses guaraníes de las islas, cuyos montes, regados con su sudor, son hoy la riqueza del colono civilizado ó el pan del pobre, que cosecha las frutas, abonadas con su labor y su sangre? Han desaparecido bajo la persecución de la encomienda, elemento retrógrado de una sociabilidad fundada en el despojo, y conservada con el sable.

En presencia de esta desaparición de razas

enteras, no es difícil persuadirse de la tenacidad con que resistieron la conquista, desplegando una saña, reagravada por la recrudescencia que provocaba en sus instintos la violencia de los aventureros. Garay lo presentía. La funesta historia de Solís, de Gaboto y de Mendoza, la guerra de Santa Fe, la expedición de Martín García, eran ejemplos vivos, que sin embargo, no dominaron su alma, para acometer su heroica empresa, sin más apoyo que el débil concurso de sesenta valerosos compañeros.

El miércoles 11 de Junio de 1580 levantaba el árbol de la justicia, y colocaba en la esquina del local destinado para la plaza mayor, la piedra fundamental de la ciudad de la Santísima Trinidad.

Buenos Aires quedaba fundada.

La ciudad fué clasificada en tres distintas divisiones: traza, ejido y estancias. La primera fué repartida á los vecinos, con excepción de los solares destinados á establecimientos públicos, en porciones de un cuarto de manzana, si bien algunos eran mayores, el de Garay, por ejemplo, situado en la esquina de la plaza mayor, y que comprendía el local donde hoy está edificado el teatro Colón (1). Además, cada vecino recibía un solar cuádruple destinado para quinta.

Las chacras comenzaban en los términos de

(1) Esquina de las calles hoy de Rivadavia y Reconquista.

la ciudad, en lotes de 350 á 500 varas de frente en 6.000 de fondo, extendiéndose hacia el N. E. Las estancias fueron divididas en lotes de 3.000 varas de frente por 9.000 de fondo.

Igualmente, y según el fatal sistema de la colonización, fueron repartidos los indios, cuyo número no ha podido calcular la estadística, tocándole al general Garay en encomienda, los guaraníes pobladores del Delta.

La traza designada para la ciudad medía doce cuadras al norte y otras tantas al sur, con una lengua al oeste, contados desde la piedra, que aun se conserva, fortalecida con cruceros de hierro, en la esquina de la catedral. En el extremo norte por la calle de San Martín, se levantó una cruz, designada con el nombre de ermita de San Sebastián. Sin embargo, la población condensada no pasaba por el sud de la calle, actualmente llamada de Chile, y por el norte de la del Temple ⁽¹⁾, extendiéndose hacia el oeste, aunque con muchas interrupciones hasta las de Maipú y Chacabuco.

De los solares destinados para establecimientos ó sitios públicos, han conservado algunos su primitivo fin, pero muchos han pasado á la propiedad privada y viceversa. El solar destinado para el adelantado Ortiz de Zárate es hoy la plaza del 25 de Mayo ⁽²⁾; el terreno que ocupa la iglesia de la Merced, fué destinado para un con-

(1) Hoy calle de Viamont.

(2) La mitad E. de la actual Plaza de la Victoria.

vento de Santo Domingo, y el que ocupa este último era de propiedad del hijo de Irala y otro vecino apellidado Gómez. Los de los templos de San Miguel, San Nicolás y San Ignacio, eran también de propiedad particular, y la manzana comprendida entre las calles de Cuyo, Reconquista, Corrientes y 25 de Mayo, fué destinada para un hospital bajo el patrocinio de San Martín.—La manzana en que está situada la casa de expósitos fué consagrada á dos establecimientos piadosos, cuyos nombres eran Santa Ursula y las Once mil Vírgenes.

Carecemos de noticias sobre la forma de los primeros edificios de Buenos Aires, pero las construcciones de barro y de tapia, los techos de paja, y más tarde los de teja, los cercos naturales defendidos por zanjas de un par de varas de profundidad, han sido probablemente las primeras obras arquitectónicas de una ciudad, que se envanece hoy con edificios insuperables en lujo y elegancia, que se extiende en más de seis millas cuadradas, cuenta con todos los refinamientos de la vida culta, y ostentaba ya en el siglo último templos como la Iglesia de San Pedro Telmo; con riquezas de arte como las que encerraba la Recoleta.

Cuando en el curso de estas conferencias estudiemos los adelantos de Buenos Aires, cuyos miserables principios se reducen á lo que acabo de exponer, habéis de acompañarme forzosamente en mi admiración, hacia la prodigiosa rapidez de su progreso. No hace aun trescientos años

de su fundación, y de ellos más de doscientos transcurrieron en el quietismo de la dominación metropolitana y del monopolio comercial. En los días de la revolución de Mayo su población no pasaba de 45.000 almas ⁽¹⁾.—Ignoro qué tortura nos ha economizado la suerte, en el medio siglo transcurrido desde entonces; por manera que al encarar el incremento de la capital, no es posible dispensarse de la admiración, que, repito, compartiréis conmigo, cuando lo examinemos de cerca y en detalle. El carácter histórico de Garay resalta en el coraje con que á la vuelta de poco tiempo, sujetó la comarca á su obediencia, en combates que nunca provocó, pero que supo aceptar, sacando de ellos el inmenso partido que le proporcionaba la victoria; y si refleja sobre su alma cierto tinte de crueldad la famosa persecución, que dejó el nombre de *Matanza* á una dilatada fracción del territorio bonaerense, la justicia nos aconseja templar nuestra reprobación, desviada de su cabeza por el genio del siglo en que vivió, y recordar aquella palabra, con que refutó los reproches de uno de sus soldados: «si aterramos al enemigo en el primer combate, hemos vencido».

Nuevo realce adquiere cuando la historia le discierne la corona pacífica de los bienhechores de la patria. El general Garay fué el fundador

(1) Creo que en estos cálculos ninguno sea tan acertado como los del señor don Manuel Ricardo Trelles, basándose en fuentes oficiales.—Véase el *Registro Estadístico*, de 1859.

del comercio marítimo de Buenos Aires, cuya corriente comenzaba á regularizarse ya en 1586. Desde esta fecha hasta fines de la primera década estudiada por el laborioso erudito don Manuel R. Trelles, los valores importados alcanzaban á 1.811.074 reales, y los exportados á 84.758 reales, dando una diferencia de la importación sobre la exportación de 1.726.316 reales. Estas cifras encierran un desencanto y un problema.

El comercio de Buenos Aires, era ahogado por las herejías económicas de aquellos tiempos oscuros, por la funesta casa de contratación de Sevilla, por el monopolio del Perú; y digo que estas cifras encierran un problema, porque, siendo incomparablemente inferior la exportación á la importación, y estando prohibido extraer oro por el Río de la Plata, no se concibe sobre qué base podría establecerse el cambio, si no se repara, en que Buenos Aires fué sólo el punto de tránsito de las mercaderías consignadas al Perú; y por consiguiente, encierran un desencanto, toda vez que demuestran, que aquella vitalidad superficial, no fomentaba el progreso del Río de la Plata ni mejoraba las condiciones morales y materiales de los colonos. La gloria de Garay, no disminuye, empero, por torpezas económicas, ajenas á la voluntad y á la influencia de un pobre aventurero de las Indias.

Segura la nueva población, á juicio de Garay, después de la guerra que sustentó, y del rechazo en 1582 del corsario inglés *Tontano*, que ocupó á Martín García,—se puso en viaje á Santa Fe,

de donde debía partir nuevamente con destino á Chile ⁽¹⁾ en servicio de las colonias. Agitando en su cabeza proyectos á los cuales debía censurar en adelante su indómita fiebre de acción, desembarcó en la costa izquierda del Paraná con algunos de sus compañeros á reposar durante la noche, en que murió á manos de los indios minuanes.

Santa Fe, no bien repuesta de escandalosos motines, Buenos Aires naciente, reclamaban la mano poderosa del aventurero para ser empujadas con vigor en los senderos de la prosperidad y de la paz. Dios lo dispuso de otra manera, y el honrado general, murió en su pobreza y en su gloria, siguiendo el signo fatal de las más nobles personalidades de la conquista. Su sangre fué á mezclarse con la de Solís en las fuentes de la civilización argentina, cuyos anales, al recoger su nombre, se honran con él como timbre de la vanidad nacional.

La tenencia de Garay levantó barreras contra los indios en el norte del Paraguay, y garantizó el litoral con la fundación de Santa Fe y Buenos Aires.

Su grande obra, empero, fué la última, considerada por su influencia en el progreso del país. El ministerio histórico que ejercen las grandes ciudades, cuando imprimen á épocas y naciones,

(1) El señor Trelles ha puesto en claro el objeto de este viaje, contra las sospechas del deán Funes, de que no fuese otro, sino solicitar en la Asunción los honores del triunfo.—R. E.—1859.

cierto giro y carácter especiales, es decisivo en la formación política de los pueblos, dado el centralismo orgánico y su prestigio tradicional. Roma, la severidad guerrera, y París, el esplendor de la cultura moderna en Europa, reconcentran una vida y una historia.

Semejante ha sido el destino de Buenos Aires.

Buenos Aires ha dado el diapasón del timbre nacional y llenado en la civilización argentina el noble sacerdocio del iniciador, del apóstol, y aun del mártir.